

INFIEL

Como dice la canción: “nunca proyectó ser infiel pero le arrastraron sus pies...”

En cuanto la vio supo que algo iba a ocurrir.

Estaba de espaldas pero sabía que era ella, se trataba de una figura inconfundible aunque no hubieran coincidido en los últimos años.

Ella, por el contrario, no le había visto y se sorprendió al oír que la llamaban por su nombre, por el diminutivo cariñoso que sólo los muy cercanos conocían; estaba de paso en aquella ciudad, no creía que alguien pudiera conocerla, además estaba en aquel hotel por casualidad.

Acababa de dejar el equipaje y había bajado a Recepción con la intención de telefonar a casa, porque había comprobado que el teléfono de su habitación tenía un extraño ruido que hacía imposible entenderse con sus hijos.



Se saludaron con un abrazo y un ligero roce de mejillas y luego cada uno explicó la razón por la que estaba en aquella ciudad y en aquel hotel.

Él le dijo que estaba allí por razones de trabajo y, como siempre que iba a la ciudad, se alojaba en aquel hotel, siempre en la misma habitación.

Ella estaba allí porque el avión en el que viajaba de regreso a su casa, tras impartir un curso en la universidad de otra localidad, había sufrido una avería que le obligó a tomar tierra en aquel aeropuerto.

La compañía aérea no pudo conseguirle otro vuelo que la llevara a casa, hasta el día siguiente no lo habría, pero a cambio le había reservado habitación en aquel estupendo hotel.

Tras las explicaciones pasaron a los recuerdos.

Cómo no recordar el momento en el que se conocieron; aquellas vacaciones en que una amiga común les presentó en aquella discoteca, cuando los dos eran tan jóvenes que ella incluso parecía una niña.

Cómo no recordar la extraña relación que comenzaron y que nadie nunca entendió pero que se prolongó durante cuatro años.

Cómo no recordar las cartas que se escribieron, tantas que a veces lo hicieron “a vuelta de correo”.

Cómo no recordar que la última vez que hablaron, a solas, fue por teléfono y fue para romper.

¡Había tanto que recordar!

Se dieron cuenta de que no habían mantenido una conversación desde hacía veinticinco años, desde que rompieron aquella relación tan extraña que les había unido.

En ese tiempo se habían visto varias veces, sí varias, siempre en verano, puesto que pasaban las vacaciones en sitios muy cercanos, pero como vivían en lugares muy alejados, sólo se veían como máximo una vez al año y lo más que llegaron a hacer fue saludarse y presentar a sus respectivas parejas.

Ella estaba acercándose a los cincuenta años y **él** ya hacía algún tiempo que los había cumplido.

Ella había envejecido mejor; mientras **él** había perdido mucho pelo y ganado bastante peso que le hacía lucir una hermosa barriga, **ella** se mantenía delgada y lucía abundantes canas y las arrugas propias de su edad, pero el corte de pelo, el estilo de ropa, la agilidad con la que se movía y su eterna sonrisa, hacían que siguiera teniendo casi el mismo atractivo que cuando se conocieron, o así le pareció a **él**.

Fue inevitable hablar de aquella relación, de lo extraña que fue, de cómo había sufrido **ella**, de cómo **él** se estuvo debatiendo los cuatro años en la duda de si la quería o no.

Pero no era el momento de hacerse reproches, total para qué después de tanto tiempo, qué más daba quién de los dos hubiera tenido la culpa de la ruptura o quién de los dos tomara la decisión de dejarlo.

Cayeron en la cuenta de que en aquellos cuatro años no habían pasado de los besos y las caricias, jamás habían estado juntos en una cama, y ahora ¡estaban en un hotel!

Llamó a casa para informar a sus hijos de lo ocurrido con el avión y tranquilizarlos; cenaron juntos por primera vez en sus vidas, y, siguiendo el deseo de **él**, ambos subieron a la habitación de **ella**.

El le contó que seguía casado y **ella** sufrió, por un momento, preguntándose cuántas mujeres, distintas de su esposa, habrían pasado por aquella habitación que él ocupaba siempre que iba a la ciudad y a dicho hotel, pero apartó enseguida el pensamiento, no era momento para tristezas.

Ella había sido feliz hasta el fallecimiento de su marido un año atrás, jamás hubiera pensado que de estar con otro hombre sería con **él** y menos en tales circunstancias, pero había ocurrido, no quería pensar, le apetecía estar con **él** y tenía curiosidad por ver qué se había perdido en tantos años.

Por la mañana, en la despedida, **él** le juró que la quería, que jamás había dejado de pensar en ella; creía que había que recuperar el tiempo perdido y en cuanto volviera a casa le plantearía a su esposa el divorcio, además no tenían hijos y ella tampoco le era fiel, ...

Ella le cerró la boca con un beso, no quería oír más promesas, le conocía lo suficiente como para no creerle nada, no debía hacerse ilusiones, era mejor volver a su casa, a la vida diaria, a la rutina del trabajo, ya no tenía edad para volver a ilusionarse y volver a sufrir otra desilusión.

Pero, por si acaso, le dio una tarjeta de visita con dirección y número de teléfono, aunque no quiso conocer datos de **él**, así sólo **él** sería responsable de lo que ocurriese.

Pensó que tal vez hubiera cambiado en los años transcurridos y, si quería, tendría ocasión de demostrarlo, mientras que **ella** no tendría forma de ponerse en contacto.

Estaban despidiéndose cuando **la** vio, no se lo podía creer, era ella, la mujer, la esposa de **él** y estaba allí, llegaba sonriente y se acercó a saludar y preguntó qué hacía **ella** en aquel hotel en el que ellos se hospedaban desde hacía tres meses, tres largos meses.

Explicó que en la casa en la que vivían estaban haciendo reformas y las obras se estaban alargando más de lo previsto, menos mal que habían decidido alojarse en aquel estupendo sitio porque de lo contrario habría resultado insoportable la espera.

Explicó también que llevaban años residiendo en la ciudad, ¿**ella** no lo sabía? Claro, normal, como que habitualmente sólo se saludaban y en los últimos años ni se habían visto, claro, por eso no sabría que habían tenido gemelos, preciosos, pero que empezaban a crecer y ocupaban un espacio que había que adecuar y por eso las obras en casa.

Volví en ese momento de dejar a los gemelos en casa de sus padres, sí porque así los abuelos disfrutaban y ellos tendrían más tiempo para ocuparse de las obras, la decoración, etc.

¡Qué largo el viaje en tren!

Sí, eran ambos un poco mayores para ser padres pero había ocurrido, ya se sabe que la medicina moderna hace milagros y cuando quieres tanto a tu pareja como ella le quería a **él** estás dispuesta a cualquier cosa.

Y fue entonces cuando le preguntó qué tal estaban su marido y sus hijos.

Cuando **ella** rompió a llorar y salió corriendo, **él** explicó que era viuda reciente y que por eso lloraba, además tenía que correr o perdería el avión.

Como dice la canción: “nunca proyectó ser infiel pero le arrastraron sus pies...”

¿Sí?, seguramente con el pensamiento sí, porque como al día siguiente escribió **ella** en su diario, qué alivio recordar que con la emoción del reencuentro y la larga charla se habían quedado dormidos antes de lo previsto.

Mientras les cuenta hoy esta historia a sus nietos piensa que, quizá, nada habría ocurrido si en aquel momento hubiera existido el teléfono móvil, internet, etc.

